

LA CRÓNICA DE LOS REYES DE NAVARRA DE GARCÍA LÓPEZ DE RONCESVALLES

Jorge Pizarro Rivas

Resumen: García López de Roncesvalles, tesorero de Carlos III de Evreux, escribió en 1404 una crónica que pretendía recoger un breve resumen de la historia del reino. Ésta se conservó unida al cuaderno de cuentas de 1400, el primero desde su nombramiento, y la tradición manuscrita la llevó hasta la actualidad. Más allá del estudio narrativo, realizado en los años 1980 al hilo de la edición efectuada por Carmen Orcástegui, la *Crónica de los Reyes de Navarra* no ha sido analizada en su plano ideológico y justificativo, elemento que este trabajo pretende reivindicar. A partir de la obra y del autor, se pretende insertar la composición en el discurso historiográfico navarro de los siglos XIV a XVI, así como intentar esclarecer los motivos que pudieron llevar a su composición.

Palabras clave: Navarra, Crónica, Carlos III de Evreux, García López de Roncesvalles, Tesorero, Discurso historiográfico, Cristianismo, Legitimación, Capeto.

THE GARCÍA LÓPEZ DE RONCESVALLES *CHRONICLE OF THE KINGS OF NAVARRA*

Abstract: García López de Roncesvalles, treasurer of Carlos III de Evreux, wrote in 1404 a chronicle with which he proposed to recount a brief resume of the kingdom's history. This was placed together with the book of accounts of the year 1400, the first since his appointment to the office, and this manuscript tradition preserved it to the modern day. Apart from the study of the history, realized in the 80's along the lines of the edition of Carmen Orcástegui, the *Chronicle of the Kings of Navarra* has not been studied in an ideal or just way, a fact that this work will attempt to correct. From the analysis of the chronicle and the author, it is intended that this work cover the historical legacy of Navarra during the XIV to the XVI centuries, also to analyse the chronicle itself to clarify the motives behind its creation.

Keywords: Navarre, Chronicle, Charles III of Evreux, García López de Roncesvalles, Treasurer, Historiographical discourse, Christianity, Legitimation, Capeto.

* Entregado: 28/11/2011. Aceptación definitiva: 2/2/2012

En 1404, García López de Roncesvalles, tesorero de Carlos III de Evreux, concluía la redacción de su *Crónica de los Reyes de Navarra* y la prendía a su primer volumen de Comptos, correspondiente a la fecha de 1400. Desde ese momento, la obra se copió y la traducción manuscrita la llevó hasta la actualidad más reciente. La investigación, con todo, ha dejado de lado el estudio ideológico de esta crónica y se ha centrado, muy someramente, en el plano meramente narrativo, al hilo de la edición que se hizo de la misma en 1977 por Carmen Orcástegui, y que supone el primer acercamiento monográfico a esta pequeña historia del reino. El presente trabajo pretende estudiar la obra desde un punto de vista ideológico y justificativo de una realidad concreta, la Navarra de finales del siglo XIV y principios del siglo XV, e insertarla dentro de un discurso historiográfico coherente enmarcado en el devenir cronístico del reino de Navarra entre los siglos XIII y XVI.

Se ha dicho que la *Crónica de los Reyes de Navarra* que compuso García López de Roncesvalles tiene interés en cuanto que sirvió de base para la redacción y composición de la posterior crónica del Príncipe de Viana¹, obviando así, en cierto modo, la importancia intrínseca que la composición tiene en sí misma esta. Es quizás la razón por la que solamente disponemos del antes mencionado estudio realizado por Carmen Orcástegui y algunas aportaciones que, al hilo de lo apuntado por la editora, se han realizado en diversos trabajos de contenido más amplio. Por ello, el texto, y también el personaje, necesitan de un estudio más en profundidad que sobrepase del plano meramente descriptivo, que es lo que hoy tenemos, y estudie el plano ideológico y justificativo de la composición.

1. EL AUTOR

Más allá de que el cronista fue tesorero en época de Carlos III, poco se sabe sobre su figura y sobre cómo se mueve en la órbita de la monarquía. Hemos apuntado ya que Carlos III le nombró para el cargo a finales de 1403, a la par que llevaba a cabo una importante renovación de la maquinaria financiera². Y se tiene constancia de que desempeñó su puesto hasta 1437. El oficio de «tesorero del reino» fue distinto al de «tesorero del rey y de la reina» y, de hecho, tenía un cuaderno de cuentas aparte.

Sobre su figura y su personalidad se conocen escasos datos. A principios del siglo XX, en un estudio que se realizó sobre esta crónica, se

¹ ORCÁSTEGUI GROS, C., *Crónica de Garci López de Roncesvalles*. Pamplona, Universidad de Navarra, 1977.

² RAMÍREZ VAQUERO, E., «Al rey lo que es del rey», en Ramírez Vaquero, E. (dir.) *Estudios sobre la realeza navarra en el siglo XV*, Universidad Pública de Navarra, 2005. pp. 179-230. p. 182.

señalaba que el origen de García López era navarro y ello venía avalado por el apellido «Roncesvalles», que apuntaba también a la pertenencia del cronista a una conocida familia de elevada categoría social³. Como señala Carmen Orcástegui, pertenecería a esa familia de mercaderes enriquecidos cuyo prestigio se habría apoyado no solo en los negocios sino en su lenta aproximación al entorno de la Corona. La documentación conservada en Comptos menciona a un Salvador de Roncesvalles que en 1411 ocupaba el cargo de guardasellos del rey⁴. También conservamos nombres como el de Nicolás de Roncesvalles, que aparece como bachiller de decretos en torno a 1410 y como mercader de paños⁵. Hay más ejemplos de la familia de los Roncesvalles con cargos en la administración⁶ o dedicados a actividades comerciales⁷. Esto indica cómo esta familia se ganó el favor del rey como consecuencia, en parte, de su enriquecimiento gracias al comercio, si bien es cierto que los Roncesvalles no constituyen sino uno más de los linajes que figuran en la documentación ocupando diversos cargos administrativos⁸. Ya durante el reinado de Carlos II, en la documentación de Comptos aparece el nombre de Aznar López de Roncesvalles, como guarda del peaje de Pamplona en el año 1371⁹. También ocupando el mismo puesto, aunque en otro momento distinto, aparece Arnaldo López de Roncesvalles, que además detentaba una notaría. A la vista de lo señalado, se puede afirmar, casi con toda seguridad, que los lazos familiares entre estas personalidades y la de García López de Roncesvalles pudieron haber sido estrechos y estaríamos hablando, incluso, de familiares muy directos.

Todo esto nos indica una presencia, más o menos activa, de la familia Roncesvalles en relación con la monarquía navarra, sobre todo a partir del momento en el que Carlos II inicia su programa de modernización del reino, una vez que ve «fracasadas» sus políticas reivindicativas en Francia. Este

³ DUVERGE, S., «La Chronique de Garci López de Roncesvalles», *Bulletin Hispanique*, t. XXXII, Bordeaux (1935), p. 448

⁴ ORCÁSTEGUI GROS, C., *Crónica de Garci López de Roncesvalles*, Pamplona, Universidad de Navarra, 1977

⁵ AGN, *Sección de Comptos*, caj. 90, n° 33

⁶ Como es el caso de Lope de Roncesvalles, que ocupó el cargo de Colector de la Caridad de Pamplona y que Carmen Orcástegui apunta que pudo ser el padre de García López de Roncesvalles. También está documentado Pedro López de Roncesvalles y ocupado al servicio de las armas.

⁷ En la documentación de la sección de Comptos del AGN aparecen más nombres como el de Jimeno de Roncesvalles, cordelero de Pamplona o García de Roncesvalles, que en torno a 1362, era mercader de Pamplona.

⁸ BEROIZ LAZCANO, M., ECHAVE JIMÉNEZ, M., LARREA URTASUN, M., «El personal de la corte de Carlos III (1387-1425)» en Ramírez Vaquero, E (dir.), *Estudios sobre la realeza navarra en el siglo XV*, Universidad Pública de Navarra, 2005. pp. 21-39

⁹ AGN, *Sección de Comptos*, Caj. 26, n° 94, 69

aspecto lleva a situar al cronista dentro de esta órbita, solo que debe tenerse en cuenta que el autor acabó desempeñando entre las fechas ya señaladas el cargo de tesorero del reino, y ocupó por tanto un puesto más importante que los que hasta el momento habían conseguido los otros miembros del linaje Roncesvalles. Su cargo en la tesorería, con mayor o menor dificultad, puede seguirse a través de la documentación, pero cabría preguntarse qué oficio desempeñaba con anterioridad el cronista. La documentación conservada señala que García López de Roncesvalles ocupaba el oficio de recibidor de tributos de la Merindad de las Montañas en 1386, lo que sugiere una lenta pero permanente especialización en el terreno de la administración contable y una temprana participación en los asuntos financieros de la monarquía, a cuya sombra habría progresado desde tiempos tempranos

También se conocen algunos datos personales aunque con algunas discrepancias sobre su interpretación. S.H. Duvergé afirmó, atendiendo al contenido de las primeras páginas de la *Crónica*, que el cronista debía de ser clérigo. Ciertamente las constantes referencias bíblicas que aquí se encuentran pudieron llevar a la autora francesa a este tipo de conclusiones, pero su propuesta fue rebatida por Carmen Orcástegui, que apunta todo lo contrario, y resalta el origen laico de García López. De hecho, conocemos incluso el nombre de su esposa, María Moza¹⁰.

Esta condición de laico hace que la *Crónica de los Reyes de Navarra* de García López de Roncesvalles tenga tintes completamente distintos a la que unas décadas antes había compuesto García de Eugui, aunque sin duda se asientan sobre una misma base ideológica. Sobre las referencias bíblicas de la crónica, no obstante, hay que considerar éstas, además del contagio del autor de la tradición de la historiografía cristiana medieval, como un elemento ideológico de primer orden. Las citas bíblicas que utiliza recurrentemente el cronista son fruto de un intento de vincular Navarra y sus monarcas con la cristiandad más pura y más primitiva. Desde los inicios del cristianismo y su institucionalización, siempre éste ha sido el arma de legitimación más fuerte que ha tenido un rey o un reino, con lo cual, si tenemos en cuenta también que las crónicas son elementos propagandísticos de primer orden, resulta muy lógico que aparezcan estas constantes referencias bíblicas a lo largo de la obra; pero, sin duda, nada tienen que ver con el estado laico o clerical del cronista.

En definitiva, García López de Roncesvalles no parece necesariamente un erudito dedicado a las letras y a la cultura. Forma parte

¹⁰ GOÑI GAZTAMBIDE, J., *Catálogo del Archivo Catedral de Pamplona*, I, nº 1.715, Pamplona, 1965.

quizás de ese modelo de cronistas escogidos por el propio monarca dentro de su círculo cercano, no tanto por su bagaje intelectual sino, más bien, por su absoluta fidelidad¹¹ y, desde luego, siendo así, no se trataba de una personalidad «de segunda fila» de la corte de la monarquía.

Con todo, tampoco está clara la autoría intelectual, el promotor de la obra. Es posible que se tratase de una iniciativa del propio García López de Roncesvalles, aunque, seguramente, no responda del todo al simple objetivo que se recoge en la misma. Éste decía que compuso una breve historia de Navarra para ser leída y recordada y con ese objetivo la recogía en el primer volumen de sus cuentas como tesorero para los oficiales de Comptos. A pesar de esto, y al hilo de lo comentado, la iniciativa de la composición también pudo partir de Carlos III, interesado en resaltar una realidad política navarro-francesa de la cual él había quedado en cierto modo relegado, aunque nunca alejado por completo¹². Pero no estamos en disposición de afirmar categóricamente ninguna de las dos opciones como la correcta. García López de Roncesvalles pudo componer la crónica posiblemente, como forma de agradecer la concesión del oficio de tesorero del reino por parte de Carlos III de Evreux. Pero, aunque tampoco se tiene constancia hasta el momento de que la monarquía haya encargado la composición de ninguna crónica, a la vista al menos de la documentación conservada en los fondos del AGN, y a la vista de las circunstancias históricas concretas y a la propia organización y contenido de la obra, ésta puede también ajustarse perfectamente a la idea de que la monarquía pudo ser la autora intelectual de esta pequeña historia del reino.

Pocos más datos sabemos sobre el autor además de los que ya hemos aportado. Los registros de Comptos del *Archivo General de Navarra* guardan una muy rica documentación en la que se puede hacer un estudio sobre sus actividades como tesorero, pero su figura no ha sido objeto de ningún estudio monográfico; tan sólo en el marco de las actividades de la *Cámara de Comptos*¹³. Sería interesante hacer un estudio pormenorizado de todos y cada uno de los registros de Comptos, que se encuentran perfectamente seriados desde finales del XIV y comprobar la cercanía que García López tuvo en relación al rey. Para ello sería conveniente rastrear las

¹¹ KAGAN, R., *Los cronistas y la corona. La política de la Historia en la España de las edades Media y Moderna*. Marcial Pons, Madrid, 2010.

¹² Nos referimos a que Carlos III pudo componer la crónica para reivindicar sus derechos sobre el trono de Francia.

¹³ RAMÍREZ VAQUERO, E., «A modo de presentación: estudios sobre *la realeza navarra en el siglo XV*» en Ramírez Vaquero, E. *Estudios sobre la realeza navarra en el siglo XV*. Universidad Pública de Navarra, Pamplona, 2005, y BEROIZ LAZCANO, M., ECHAVE JIMÉNEZ, M., y LARREA URTASUN, M. «El personal de la corte de Carlos III», pp. 21-39.

cuentas del hostel del rey y de la reina con el objetivo de buscar pistas que permitieran esclarecer, si esto fuera posible, la intención del autor a la hora de componer la obra o los posibles impulsos recibidos.

2. LA *CRÓNICA* Y SU BAGAJE IDEOLÓGICO

Sobre el contenido de la obra, la *Crónica de los Reyes de Navarra* comprende un arco temporal amplísimo que comienza con el nacimiento de Jesucristo y termina en la época de Carlos III de Evreux, a principios del siglo XV, momento coetáneo al propio cronista. Sin embargo, y a pesar de esto, la narración no resulta homogénea en cuanto a la extensión que ocupa cada uno de los capítulos/reinados. Desde los inicios de la crónica, los relatos son muy breves y precisamente con esa brevedad se mantiene el estilo de la composición hasta el reinado de Carlos II dando sensación de que el cronista quiso sintetizar la información. A partir del reinado de Carlos II, la narración presenta un desarrollo considerable y es a partir de este momento cuando la crónica alcanza verdadero carácter apologético. En cuanto a su contenido, conviene señalar que el autor omite todo lo relativo a la cuestión de la conquista del año 711 por parte de los musulmanes, y a lo largo de sus páginas, como bien ocurre, por otra parte, en el resto de obras pertenecientes a la historiografía cristiana peninsular¹⁴, no se cuenta nada relativo a la evolución política del dominio andalusí. Así, pocas son las noticias que encontramos sobre musulmanes en toda la narración, y las que figuran, se encuentran relacionadas directamente con algún suceso acaecido a los monarcas navarros, normalmente con un triunfo militar. Por lo tanto, su contenido se ajusta perfectamente a los patrones historiográficos de la cronística cristiana peninsular de todo el periodo medieval.

En cuanto a su organización interna, la obra toma como base los diferentes reyes de Navarra. García López dedica a cada uno de ellos unas pocas líneas, sin hacer ningún otro tipo de divisiones internas. Si acaso, separa ideas mediante un encabezamiento «*Item*», pero la narración resulta, en muchas ocasiones, monótona, sobre todo en lo referente a los reinados finales de Carlos II y Carlos III, cuyos datos son muchos más abundantes pero parecen señalarse de manera algo caótica, sin atender a la pretensión de conseguir una narración bella. Esto nos lleva a pensar que esta composición no se destinó, desde luego, a ocupar el puesto de obra literaria, sino, más bien, a intereses bien distintos para los cuales no era necesario que el autor cuidase tanto el estilo y la organización interna de la obra. Es

¹⁴ Rodrigo Jiménez de Rada traza una historia de los árabes en su «*Historia Arabum*», pero poco más se conoce que se haya escrito estrictamente acerca de musulmanes en la historiografía cristiana.

evidente que García López de Roncesvalles tampoco era un hombre de especial formación cultural, ni poseía un dominio absoluto de las letras, por lo que su escasa preparación en este campo también determinó la propia obra, dando como resultado un aparente descuido narrativo del texto que, a pesar de todo, no está exento de interés.

Debe señalarse en este punto, además, que García López no incluye algunos de los reinados (reales o supuestos), como ocurre con la etapa de Fortún Garcés, hijo de García Iñiguez, a finales del siglo IX y comienzos del X, al que omite y pasa al siguiente monarca, como había hecho también García de Eugui en la elaboración de su crónica. Este factor es, quizás, debido al desconocimiento que se tiene en este momento acerca de este personaje, del que sólo aparecen algunos datos en la documentación que, precisamente, se sabe que García López no consultó para la redacción. De hecho, la primera noticia historiográfica que se tiene de Fortún Garcés —fuera, por tanto, de la documentación— se encuentra en la *Notitia Utrusque Vasconiae* de Arnault Oihenart (1592-1667?)¹⁵.

La base de la crónica es la *Genealogía de los Reyes de Navarra* compuesta por García de Eugui¹⁶, ya que al igual que aquella, el objetivo de ésta es ir narrando la sucesión de un monarca tras otro, sin detenerse demasiado en los hitos o hechos más importantes que ocurren en cada uno de sus reinados. En la narración, el cronista tan sólo va comentando la ascendencia familiar y los lazos de sangre que van adquiriendo los monarcas, lo cual le permite ir trazando la línea de sucesión. Esta sucesión de monarcas, que es la base de la crónica en sí misma, es el primer aspecto que interesa resaltar. El autor traza una línea directa desde Jesucristo hasta Carlos III de Evreux y durante este camino, García López se esfuerza, únicamente, en resaltar la sucesión de monarca tras monarca dando la sensación de continuidad. Este elemento de continuidad de la monarquía, el autor lo resalta entrelazando, a veces piruéticamente, un monarca con otro, y justificando la legalidad todas las sucesiones. De tal modo que, con su lectura, da la sensación de que desde el reinado de Iñigo Arista, quién él sitúa como primer monarca del reino, hasta Carlos III de Evreux, la línea de continuidad de sucesión de la monarquía navarra no se ha roto en ningún momento. ¿Por qué este interés del cronista en resaltar la continuidad de la monarquía? Evidentemente porque continuidad es sinónimo de tradición, en primer lugar, y hablar de tradición en la Edad Media es hablar de legalidad y legitimidad. El cronista

¹⁵ OIHENART, A., *Notitia Utrusque Vasconiae* (ed. R. Cierbide), Parlamento Vasco, Vitoria, 1992, l. 2, c. 11. p. 242.

¹⁶ ORCÁSTEGUI GROS, C. «Crónica de los reyes de Navarra de García de Eugui», *Príncipe de Viana*, 39, 1978, pp. 547-572.

se esfuerza en resaltar la tradición del reino y de su monarquía, que arranca en tiempos de Jesucristo y ha seguido una línea recta hasta 1404, sin romperse en ningún momento.

No obstante, en su afán por resaltar la continuidad de los reyes de Navarra, el cronista tiene que sortear ciertas dificultades que se encuentran en la propia historia del reino y, ciertamente, sale airoso de ellas, ya que consigue construir un discurso creíble y lógico en el que no se desmonta su argumento de continuidad. La extinción de la dinastía pamplonesa en el año 1076, tras la muerte de Sancho, *el de Peñalén*, y su anexión al territorio aragonés hasta 1134, es una de las dificultades por la cual tiene que atravesar el cronista. Para ello, recurre a un argumento que está constantemente presente en la crónica, no sólo del reino de Navarra, sino en general en la crónica hispana medieval: la época de Sancho III *el Mayor*. Así, recurriendo a este viejo argumento ideológico, García López resalta la ascendencia navarra del monarca aragonés Sancho Ramírez, hijo de Ramiro I, a su vez nieto de Sancho III Garcés. De esta forma, a pesar de que Navarra se haya unido a Aragón no ha roto la línea sucesoria en ningún momento, sino, más bien todo lo contrario, ya que continúa regida políticamente por la misma familia, los descendientes de Iñigo Arista, tirando del hilo. De esta forma lo expresa el cronista: «*El primero don Sancho Ramíríz, fijo qui fue de don Remiro, fijo de ganancia del rey don Sancho el Mayor, el qual don Remiro fue aquel qui salvó a la reyna, su madrastra donna Mayorra, de la acusación que don García, su fijo le había acusado, como de suso faze mención*»¹⁷. Este argumento se acaba de completar en 1134, momento en el que se produce la muerte de Alfonso I. La polémica sucesión del rey aragonés, mediante la cual testamentariamente cedía el reino de Aragón-Pamplona a la orden militar del Temple, hacía que Navarra optase por la separación del reino y la elección de un nuevo monarca: García Ramírez. Este episodio será presentado por el cronista como la coherencia de los navarros y su esfuerzo por seguir con su recta línea no aceptando que ésta se rompiera entregando el reino a la orden del Temple. García Ramírez, *el restaurador*, hijo del infante Ramiro Sánchez, se presenta de esta forma en la crónica, igualmente, como un claro continuador del primer monarca Arista.

No obstante, éste no es el único episodio que llama la atención, ya que en 1234 Navarra se enfrenta a una nueva extinción de su dinastía, episodio que trajo graves consecuencias para el futuro inmediato del reino. ¿Cómo presenta el cronista el episodio de la muerte de Sancho VII y la entrada en Navarra de la dinastía champañesa? La muerte de Sancho *el fuerte*

¹⁷ ORCÁSTEGUI GROS, C., *Crónica de Garci López de Roncesvalles*, p. 65.

dejaba, de nuevo, el reino de Navarra en un «jaque» aparente. Sancho VII había logrado sanear económicamente el territorio y había intentado conectarlo con el Islam a través de una complicada maniobra mediante la cual Pedro II de Aragón le acabó cediendo unas fortalezas en su reino. Navarra siguió, no obstante, obligada a mirar al norte y no al sur, aunque los lazos con Aragón siguieron vivos, lo cual provocó que el monarca firmara con Jaime I un acuerdo de prohijsamiento en Tudela, en el año 1231. Mediante ese acuerdo, al no haber descendencia directa en Navarra, el reino pasaría a incorporarse de nuevo a Aragón, hasta el momento en el que se produjesen una serie de condiciones necesarias que lo invalidarían. Finalmente, el acuerdo no se produjo y la corona navarra recayó en Teobaldo de Champaña, sobrino de Sancho *el Fuerte*, como consecuencia de las primarias alianzas que Navarra había ido tejiendo con la vecina Francia al ir viendo que se cerraban sus posibilidades de expansión hacia el sur.

En este sentido, la nobleza navarra se negó a aceptar el acuerdo firmado por Sancho VII y no se mostró partidaria de ceder el reino al vecino Aragón ya que, en aquél momento, el grupo nobiliario estaba deseoso de ostentar del poder, compartiéndolo con el rey. De esta forma, su objetivo era imponer un gobierno «pactista» en Navarra. La dinastía condal de Champaña era una dinastía aparentemente manejable y esto fue visto como una oportunidad por parte de la nobleza del reino para rechazar las disposiciones testamentarias de Sancho VII y aceptar a Teobaldo I como monarca.

En la crónica, García López plasma esto, de nuevo, de manera muy diferente. No se habla en ninguna de sus páginas de las aspiraciones de poder de la nobleza, sino, de nuevo, del interés del pueblo de Navarra por continuar la recta línea sucesoria. En esta ocasión el cronista lo justifica resaltando que Teobaldo I no rompe la línea sucesoria, como, por otra parte, sí lo hubiera hecho el quedar prendido a Aragón. El conde de Champaña y Brie era hijo de la hermana de Sancho *el Fuerte*, Blanca de Navarra, con lo que el cronista deja clara la herencia legítima y recta del reino en esta sucesión. En la crónica lo expresa del siguiente modo:

*«Muerto este rey don Sancho, los estados de Navarra, queriendo guardar su naturaleza et haber rey descendiente en recta línea, imbiaron al dicho rey don Jaume de Aragón que lis quitase la iura que habían fecha, et el, non cubdiciando de lo que non li pertenecía, los quitó graciosamente. Esto fecho, enviaron en Francia a don Tibaut, fijo de donna Blanca, hermana del dicho rey don Sancho el Fuert, muger que fue de don Tibaut, comte de Champayna et paladín de Bría, que viniese a tomar la sucesión del regno de Navarra...»*¹⁸.

¹⁸ Ídem, p. 69.

Otro aspecto de la obra que anteriormente hemos señalado es su brevedad. Ésta, se debe, en parte, a la escasa descripción que el cronista proporciona de cada uno de los monarcas en los que se centra la redacción que se ve completada con la descripción de todos y cada uno de los valores que ostentan los diferentes reyes. Todos y cada uno de ellos son descritos de manera estereotipada, haciendo referencia a una serie de valores y virtudes que engrandecerían la estirpe real. En este orden de cosas, a lo primero a lo que hay que hacer referencia es a la doble distinción que se establece, de manera muy clara, entre la descripción que el cronista ofrece de los primeros monarcas y de los últimos. Es difícil hacer una tajante separación para agruparlos entre «primeros» y «últimos» ya que la diferencia radica en la manera más o menos legendaria que García López muestra al describirlos. Fijándose en la presentación de los primeros reyes de Pamplona, incluidos los reyes de la casa de Aragón, hasta Alfonso I, éstos son descritos según la «manera altomedieval» de concepción de la realeza.

Según ésta construcción ideológica, el cronista hace referencia a dos aspectos principalmente: la valentía y la lucha contra el enemigo de la fe. La valentía es la primera virtud que se resalta de todos los reyes de la dinastía Arista y Jimena. Se dice, por ejemplo, que Iñigo Arista fue levantado «*por rey leyendo la grant valentía que en él hera...*»¹⁹ o que Pedro I fue «*noble vencedor de batallas et buen rey...*»²⁰. También Sancho Ramírez fue «*noble guerrero et buen rey...*»²¹. Lo que podemos observar en estas tres descripciones, a modo de ejemplo, es la asociación clara entre valentía —guerra— buen gobierno. Iñigo Arista fue elegido rey por su valentía, pero sus sucesores son dignos de ser denominados como buenos reyes, ya que han mantenido intacto ese valor. Este aspecto hace referencia a una concepción bélica de la realeza, típica de los primeros tiempos de la Edad Media, mediante la que el rey tenía una función principal, guiar al pueblo y combatir con su espada. Esto queda muy bien reflejado en la descripción que el cronista presenta del primer rey de Pamplona—Navarra, Iñigo Arista, que fue hecho rey por su valentía, señala el autor. Se puede observar igualmente que al ofrecer García López una descripción muy similar de todos y cada uno de los monarcas, es lo que quiere señalar, la valentía que tiene Iñigo Arista se mantiene y se manifiesta en todos y cada uno de los reyes, que la ponen en práctica mediante campañas bélicas y victorias, bien sobre cristianos, bien sobre moros.

¹⁹ Ídem, p. 61.

²⁰ Ídem, p. 65.

²¹ Ídem, p. 65.

Precisamente, este último aspecto le interesa resaltarle de manera muy notable al cronista. La lucha contra el Islam, desde la invasión del 711, será durante todo el periodo medieval un elemento recurrente de legitimidad de las diferentes monarquías cristianas. De ese modo, incluso servirá para atacar la legalidad política de diversos monarcas y poner su continuidad, por lo menos, en tela de juicio. A lo largo de la crónica el cronista resalta este afán de la monarquía de Pamplona-Navarra por luchar contra el enemigo de la fe —los sarracenos— y defender sus valores cristianos.

En los primeros tiempos, cuando describe a los primeros monarcas pamploneses, a la dinastía Arista-Jimena, García López recurre únicamente a enumerar las hazañas que éstos realizan, así como sus victorias. Por ejemplo, dice la crónica que Sancho *el Mayor* reinó «XXXCVº en grant bondat, et muchas conquistas hobo sobre moros...»²². Al cronista no le interesa reseñar todas y cada una de las conquistas de Sancho III sobre los territorios del sur, sino solamente resaltar su papel de luchador y defensor de la fe cristiana. Asimismo, también resalta la valentía y el buen hacer de armas de los monarcas, que siempre se muestran victoriosos frente al Islam. Por supuesto, al primer rey de Pamplona-Navarra, Iñigo Arista, se refiere en los mismos términos, diciendo que «descendió de las sierras et fizo grandes conquistas sobre moros en las planas de Pamplona ...»²³. Sin embargo, en el momento en el cual, a causa de los derroteros que toma el proceso reconquistador, Navarra ve cerradas sus posibilidades de expansión hacia el sur y queda encajonado entre Castilla y Aragón, en el norte, al autor le interesa resaltar que, incluso en ese momento, la monarquía de Pamplona-Navarra pone en práctica campañas para salvaguardar la fe y luchar contra el enemigo islámico. De Teobaldo II resalta que «... con el cual suegro él fue sobre moros en el regno de Tunnez, sobre Cartago...»²⁴ aunque el cronista confunde los acontecimientos, y también señala como Sancho VII «fue en ayuda del dicho su primo, rey de Castilla, ensemble con el rey de Aragón, contra los moros en la batalla de Húbeda, en Andalucía...»²⁵.

A García López, a la par que señala estos elementos, le interesa resaltar el principal valor de los reyes de la Alta Edad Media: la consecución de la paz en sus reinos. Independientemente de los vaivenes políticos que atravesase el reino, la monarquía Navarra ha conseguido salvaguardar esa paz y, en alguna ocasión, el tesorero lo cita directamente, como ocurre en el caso de la descripción de Sancho VI *el Sabio*, del que dice «...et mantuvo en

²² Ídem, p. 62.

²³ Ídem, p. 61.

²⁴ Ídem, p. 71.

²⁵ Ídem, p. 68.

sus regnos gran justicia et paz...». Aparecen dos de los elementos más prototípicos de la monarquía medieval: la paz y la justicia. La imagen del rey juez es cierto que se va configurando a partir de la plenitud de la Edad Media y se asocia con la imagen bajomedieval de la monarquía, pero el hecho de que se presente al monarca de esta forma es muy lógico si se tiene en cuenta que el cronista escribe desde la óptica que le proporciona su tiempo, principios del siglo XV, y hace una radiografía de cada uno de los monarcas desde el prisma de valores que se encuentran asentados desde el momento en el que escribe.

Bien es cierto, por tanto, que la monarquía se llena de valores de valentía, liderazgo del pueblo, justicia y paz. Estos valores, además, se mantienen vigentes a lo largo de toda la crónica pero cambian ligeramente a partir de la llegada de los reyes de Francia. A partir de ese momento, la monarquía continúa siendo descrita atendiendo a todos estos aspectos, sin embargo, el cronista, sin descuidarlos, los deja en un segundo plano, prestando más atención a otro elemento que, por otra parte, está muy relacionado con éste: la gran fe católica y la pureza de la piedad cristiana de los reyes de Navarra. García López señala, al inicio de la composición, que es Pamplona el primer territorio de la península que fue evangelizado, y lo fue como consecuencia de la llegada de San Saturnino, que una vez que evangelizó Pamplona hizo lo propio con Toledo y con otras regiones como Galicia²⁶. Poner el acento en la antigüedad del cristianismo en el reino de Pamplona tampoco es una cuestión baladí, ni mucho menos, sobre todo si se tiene en cuenta que la Iglesia fue fuente de legitimidad y transmisión de antigüedad y tradición durante toda la Edad Media. Las alusiones a la pureza de la fe católica de los monarcas navarros son constantes en toda la crónica. En estos términos se describe a Sancho *el Sabio* diciendo de este monarca que fue «*buen cathólico et hodebient a Sanct Yglesia*»²⁷, elemento que a lo largo de la descripción del reinado lo señala en dos ocasiones, lo cual, da a entender el interés del cronista por señalar este aspecto por encima de otros. De Teobaldo II también señala su profunda obediencia a la Iglesia católica, igualmente²⁸. Esta fe católica se manifiesta también en el aspecto de la lucha contra el Islam. Asimismo, la lucha contra los musulmanes se convierte en un ejemplo más que señala la devoción de los reyes.

Pese a esto, también en este aspecto el cronista se encuentra con algunas dificultades que tiene que salvar. Teobaldo I, primer rey de la

²⁶ Ídem, p. 58.

²⁷ Ídem, p. 67.

²⁸ Ídem, p. 71.

dinastía champañesa, no mantuvo durante su reinado buenas relaciones con la jerarquía eclesiástica y acabó teniendo algunos enfrentamientos con la misma que le llevaron, incluso, a la excomunión. Así, Pedro de Gazólaz, en 1250, lanzó dicha orden, episodio del que el cronista se hace eco, aunque no atiende fidedignamente a lo acontecido, ya que García López afirma que antes de su muerte, Teobaldo I se vino a bien con la Iglesia, y le fue levantada la excomunión. Este episodio no está demostrado, aunque es cierto que antes del fallecimiento del monarca se había lanzado por parte del propio pontífice un documento que señalaba que nadie podía excomulgar al rey sin el consentimiento de la Santa Sede²⁹. No es posible determinar si García López conocía estas noticias y evitó insertarlas en la obra o, simplemente, las desconocía, pero lo cierto es que hace referencia a la amistad que sobrevino entre pontífice y rey antes de su muerte y que éste descansa en noble sepultura³⁰.

3. LA CUESTIÓN FRANCESA

Otro de los aspectos que destacan de la *Crónica de los Reyes de Navarra* de García López de Roncesvalles es el constante intento de vinculación de los reyes navarros con respecto a la casa real de Francia, fundamentalmente con los capetos y no tanto con los champañeses³¹. Este elemento está presente de forma continuada a lo largo de la obra aunque, sobre todo, se manifiesta sobremanera mediante la inclusión de los dos apéndices que referencian a Francia. Por ese motivo resulta conveniente aislar la explicación de las dos argumentaciones anteriores y dedicar unas páginas a este elemento definitorio de la obra.

Cabe mencionar, en primer lugar, que este aspecto se diferencia mucho con respecto a la composición de García de Eugui. La obra del obispo bayonés se había centrado mucho más en los orígenes del reino y se había explayado, igualmente, en la explicativa de los reyes navarros hasta el siglo XII, mientras que se había relajado bastante con entrada de la dinastía champañesa. Así, basta comprobar el espacio que dedica a Sancho III *el Mayor* o a Sancho VII *el Fuerte*, y compararlo con lo que compone García López de Roncesvalles, cuya crónica es mucho más breve en lo que se refiere a estos capítulos. Sin embargo, a partir de la entrada de la primera dinastía francesa, tras la muerte de Sancho VII en 1234, la *Crónica* de García López se hace más densa en la narración que la de García de Eugui y da cabida, en

²⁹ CRUTXAGA PURROY, J., *Teobaldo I*, Editorial Mintzoa, S.L. Pamplona, 1986.

³⁰ ORCÁSTEGUI GROS, C., *Crónica de Garci López de Roncesvalles*, p. 70.

³¹ GARCÍA ARANCÓN, M^a R., «Navarra e Iparralde en la Baja Edad Media». *Rev. Int. Estudios vascos*, 45, 1, 2000, pp. 123-196.

según qué reinados, a más datos para los primeros reyes de las primeras dinastías navarras que, como hemos visto, casi había pasado por alto y, simplemente, habían constituido eslabones de una cadena que le permitían trazar su argumentación.

Uno de los aspectos que más llama la atención es la constante referencia a san Luis a lo largo de la descripción de los monarcas de la casa de Francia. En este sentido, se observa cómo el cronista lleva a cabo un exitoso intento por vincular a la monarquía navarra con San Luis de Francia, aunque en ocasiones éste se construye de forma casi piruetica. Por ejemplo, de Enrique I dice que era «...*compte de Ronay, marido de la fija del comte d'Artes, don Robert, hermano del rey Sant Loys de Francia*»³². De Juana, heredera de Navarra, también dice que «... *fue acomendada et embiada por su madre a su primo don Felip, dicho Porsiant, rey de Francia, fijo de Sant Loys, et la casó con su fijo primero nombrado Philip el Fermoso...*»³³. Es evidente, a la vista de estos ejemplos, que el cronista estaba especialmente interesado en resaltar la vinculación de estos monarcas para filiarlos con la figura de Luis IX, un aspecto que, sin duda, se ve acompañado de uno de los anexos que introduce al final de la crónica en el cual, directamente, García López vincula sanguíneamente a los reyes de Evreux, con la figura de Luis IX de manera directa³⁴.

La pregunta parece obvia: ¿por qué este afán de vincular a los reyes de Navarra con la Casa Real de Francia? Y sobre todo, ¿por qué con la figura de san Luis? En primer lugar, porque los reyes de Navarra son herederos y descendientes directos de la sangre real francesa, lo que, sin duda, aumenta también su prestigio en el conjunto de las casas reales europeas. Ya se ha podido ver, además, qué tipo de imagen real pretende construir García López al ir trazando la narración de todos y cada uno de los capítulos. Dentro de esa imagen, uno de los valores que comienza a asociar a la figura del rey es el de rey cristiano, el de la piedad, elemento cuya importancia en la mentalidad política del periodo medieval ya se ha señalado. Bien, pues es precisamente esto, en lo que se debe insistir en este momento para entender el porqué de esta estrategia de vinculación del propio cronista entre las casas de Navarra y Francia y, sobre todo, con Luis IX, santo que se asociaba con los valores de la cristiandad más pura ya que había puesto en marcha el proyecto de cruzada para recuperar Tierra Santa de manos de los infieles. Hay que prestar atención en este sentido al inicio

³² ORCÁSTEGUI GROS, C., *Crónica de Garci López de Roncesvalles*, p. 71.

³³ Ídem, p. 72.

³⁴ Ídem, p. 115.

del anexo mediante el cual vincula a los reyes Evreux con la figura del rey santo.

«...grant et bella cosa es a saber breument, sin estudiar este libro, como la noble generación et lures criazones de los reyes de Navarra, Don Carlos a qui Dios perdona, et Don Carlos, a qui dios de buena vida, son descendidos por recta línea, en tres partidas, del rey Sanct Loys de Francia...»³⁵

Es evidente que, a la vista de esto, el autor tiene dos pretensiones. La primera de ellas, hacer referencia al prestigio que han alcanzado los reyes de Navarra mediante la vinculación a la casa de Francia. Este, asimismo, es un aspecto muy interesante que, *a priori*, puede explicar perfectamente un segundo motivo por el cual el propio autor muestra tanto interés en hacer referencia a la vinculación entre ambas monarquías. A García López le interesa reseñar en la crónica dos tipos de vinculaciones que son otorgantes de prestigio. La primera, la relación territorial, cómo lo fue en su momento la de Champaña³⁶, pero, sin embargo, lo que le interesa por encima de todo, es reseñar la vinculación sanguínea, ya que esto eleva todavía más el prestigio, tanto externo como interno, de los reyes de Navarra. García López tiene un especial interés en resaltar la vinculación de la monarquía navarra a los reyes de Francia ya que considera a éstos fuente de engrandecimiento y otorgantes de valores de prestigio. Sin embargo, evidentemente, no es solamente por este motivo, sino también por el valor cristiano que se asociaba a la dinastía francesa. El ejemplo más clarividente es la referencia al anexo en el cual el cronista vincula a San Luis con Carlos II y Carlos III de Evreux.

A mediados del siglo XIII, ya en la segunda mitad, sobre todo, el reino de Francia había logrado alcanzar una singular posición dentro del conjunto de los estados de la Europa medieval. La posición del rey francés, y no solamente del rey sino, en definitiva del reino, había sido central en cuestiones religiosas, de tal modo que Francia era concebida como un auténtico reducto de la cristiandad más pura, el primero de todos los reinos cristianos europeos, y así, el rey de Francia se comenzó a asociar a la figura del príncipe cristiano más importante³⁷. Los motivos para este reconocimiento habían sido varios pero, sobre todo, le habían hecho gala de

³⁵ ORCÁSTEGUI GROS, C., *Crónica de Garci López de Roncesvalles*, pp. 115-116.

³⁶ Ídem, p. 114. «Incorporación del condado de Champaña al reino de Navarra». En este sentido cabe tener presente que no se produjo una anexión territorial del condado de Champaña a Navarra sino que el conde de Champaña se convirtió, además, en rey de Navarra.

³⁷ SNIAYER, J. R., «France: the Holy Land, the chosen people and the Most Christian King», en Solwiir, J. R. (ed.), *Medieval statecraft and the perspectives of history*. Princeton, New Jersey, 1971, p. 303.

este título dos de ellos: su piedad y su incansable lucha contra el infiel. Es evidente que toda la dinastía francesa compartió desde el primer momento este honor, pero, sobre todo, destacó uno de ellos. Este fue, precisamente, la figura de San Luis, quién, además de su piadosa forma de vivir, había tenido una muerte similar a un mártir cristiano ya que lo había hecho en medio de una cruzada organizada por Francia y por él mismo hacia las tierras de Túnez durante los años 70 del siglo XIII³⁸.

Desde luego que no es cuestión aquí analizar todos y cada uno de los ceremoniales que formaron parte del ideal identitario del rey francés, pero sí, por lo menos, cabe destacar uno de ellos: el de la unción, elemento que ya era practicado por los germanos franceses en el momento de las invasiones y la cristalización del primitivo reino merovingio, Según la unción, el rey de Francia era «untado» con un aceite sagrado mediante el cual se le hacía participar de las virtudes del propio Dios y, es más, acababa participando, incluso, de su esencia. Hasta el momento, todos y cada uno de los monarcas habían recurrido al argumento de la teocracia para reafirmar su autoridad en cada uno de sus reinos y habían intentado dar la imagen de vicarios de Dios, un elemento que se recoge explícitamente en el documento de las *Siete Partidas* de Alfonso X, por ejemplo. Sin embargo, un elemento que resaltaba por encima de todo la idea de la vicaría divina de los monarcas terrestres era la unción. En definitiva, este argumento acabaría convirtiendo al rey francés en el «rey cristianísimo», un estereotipo al que rápidamente se quisieron prender el resto de monarquías europeas ya que, mediante este elemento, se aseguraba la total vinculación de poder terrenal y espiritual o, dicho de otra manera, la relación directa entre Dios y rey.

Entendido esto, no resulta difícil comprender el porqué de ese afán del cronista por vincular al rey de Navarra y al rey de Francia. Los reyes de Navarra, desde el alzamiento de Iñigo Arista, no han interrumpido en ningún momento su rectalínea de sucesión, y la anexión de Navarra a Francia bajo ningún concepto fue una ruptura, sino el deseo de los navarros de continuar con ella tras la muerte de Sancho VII, entregando la corona a un sobrino del rey fuerte. Así, a los valores que ya de por sí tenían los reyes de Navarra, asociados al valor de la valentía, de la fuerza y la de la lucha, también se le sumaba ahora el de la piedad, de la que, por otra parte, ellos ya habían hecho gala de ella antes de la unión con Francia pero que, evidentemente, se les engrandece a raíz de la incorporación, en tanto que además de los valores que se transmitían de uno a otro monarca desde los

³⁸ TANK, F., *Rex fidelisimus*, p. 193.

primeros reyes, ahora se le suman todos los atributos, no sólo cristianos, pero si principalmente, de la propia monarquía francesa

A partir de este momento, por lo tanto, la crónica se vuelve mucho menos legendaria. Así, todos los valores que se les había ido prendiendo a los monarcas de las primeras dinastías navarras se dejan «de lado» y comienza a prevalecer en la descripción la insistencia en la piedad de los monarcas, siempre continuando con la brevedad de prácticamente la totalidad de la obra.

Cabe destacar, además, otro aspecto interesante que se puede observar en la narración. Al haber resaltado tanto el valor de la piedad de los reyes de Navarra y al haber insistido tanto en sus luchas contra el infiel, da la sensación de que el cronista pretendía construir un modelo de rey que había salido del molde de San Luis. Es evidente que la monarquía navarra no tenía un santo como lo tenía Francia, pero sí, por lo menos, el estereotipo de monarquía piadosa, cómo se puede observar a lo largo de la obra. Esta afirmación queda patente si lo comparamos con el ideal cristiano de Luis IX, monarca que había llevado una vida piadosa, al igual que lo habían hecho los monarcas navarros, y había participado de manera casi constante en la lucha contra el infiel, elemento que también comparte con Navarra, reino que, incluso, había llevado a cabo incursiones a territorio musulmán en colaboración con otros ejércitos cristianos cuando ya había visto cerradas sus posibilidades de expansión por la dinámica que toma el proceso reconquistador

En definitiva, es el mismo molde el que utiliza García López para trazar la virtud católica de los reyes de Navarra y da la sensación de que, al final, Navarra y Francia se han encontrado ya que ambas monarquías, en tanto que comparten el mismo ideal de piedad, debían de permanecer unidas, de tal forma que San Luis es el santo rey de Navarra, elemento que, sobre todo, le eleva con respecto a la monarquía castellana y, por supuesto, a la aragonesa.

Por último, el cronista se encarga de resaltar textualmente el aspecto de continuidad de la dinastía navarra con respecto a la casa francesa en varios momentos de la crónica. Dice la crónica que «*Item será puesta la manera como los reyes de Navarra son descendientes de Sant Loys de Francia, de ambas partes*³⁹». Esto se recoge al final de la descripción del reinado de Carlos III. En este caso, además, García López en ningún momento tergiversa la verdad. Así, sólo resalta una evidencia que le

³⁹ ORCÁSTEGUI GROS, C., *Crónica de Garci López de Roncesvalles*. p. 114.

interesa: las condiciones que tienen los reyes de Navarra de herederos sanguíneos naturales de la casa de Francia. Este aspecto, por lo tanto, puede ser analizado en otro término completamente distinto que tiene que ver con la licitud a ocupar el trono del vecino reino, ya que la línea de Carlos II y Felipe III fue apartada del mismo. ¿Qué pretende el cronista a pesar de remarcar la virtud católica de los monarcas navarros con la vinculación a Francia? Evidentemente explicar que Carlos II tenía que haber sido rey de Francia ya que era el candidato legítimo para ello, sobre todo porque el rey de Francia, Carlos VI, es descendiente, en su trazado genealógico, de Felipe VI, hijo de Carlos de Valois, hermano de Felipe IV pero no descendiente directo de rey. En definitiva, Carlos VI era un heredero de una rama secundaria que gobernó Francia desde 1328 apartando a la verdadera línea de sucesión que, legítimamente, debería haberse sentado en el trono francés. Frente a eso, Carlos III descendía de Carlos II, y éste a su vez de Felipe III, y, sobre todo, de su mujer, Juana II, hija de Luis X, y nieta de Felipe IV, apartada del trono por la Ley Sálica, y todos ellos reyes en sucesión de padres a hijos.

Así, la pregunta es, ¿quién debía de reinar en Francia? Con este argumento, desde luego no Carlos VI, sino Carlos de Navarra, a quien sus antepasados avalaban como el legítimo candidato. Sin embargo, al no haber ocurrido de ese modo, a García López le interesa resaltar esta vinculación tan directa con la casa de Francia y que le sirve para señalar ahora a Carlos III como el legítimo pretendiente al trono de Francia en sucesión directa con san Luis a través de sus antepasados. Por ello, cuando en este apartado se hace referencia a la vinculación que el cronista intenta trazar con la casa de Francia, ésta sólo le interesa hacerlo con los capetos y no con la dinastía de Champaña, ya que la dinastía champañesa sólo abre las puertas a Francia, pero quién otorga la legitimidad en el trono de Francia a Carlos III es, precisamente, la dinastía capeta.

4. CONCLUSIONES

Así, y a la vista de lo que se ha analizado, podemos proponer las siguientes conclusiones:

1. La nueva situación política que atraviesa Navarra, una vez que se separa de Francia en 1328 y se ve obligada a girar la cabeza hacia la península, de nuevo, se orienta, en primer lugar, hacia la realidad hispánica, como no podía ser de otra manera, y en segundo, hacia la realidad francesa, con lo que, por extensión, también al resto de la Europa medieval. Teniendo en cuenta este factor, lo importante para el reino no es tanto

ubicarse como tal en la nueva situación en la que se encuentra inmerso, sino, más bien, que los demás le reubiquen sin que eso suponga una degradación para su propia identidad. Por tanto, en este sentido, la realidad navarra necesita reafirmarse, ante unos y ante otros, y esa reafirmación del reino encuentra en la cronística un elemento de primer orden, ya que a través de ella, se relata la historia del reino y se resalta su pasado con el fin de justificar su presente. No es difícil llegar a esta conclusión si se tiene en cuenta lo que ocurre con la evolución de la historiografía navarra, si no prácticamente inexistente, sí, por lo menos, muy escasa, antes del siglo XIV. Precisamente es la separación formal de Francia en torno a 1328 lo que impulsa la creación de estas historias particulares del reino y que ahondan en su memoria y en su pasado. La *Genealogía de los Reyes de Navarra* compuesta por Fray García de Eugui actuó como iniciadora y la *Crónica de los Reyes de Navarra* compuesta por García López de Roncesvalles como fiel seguidora de la misma. ¿Cuál es el motivo por el que anteriormente a esa fecha no se habían compuesto obras de carácter histórico en el reino? La respuesta es sencilla: porque el reino no lo había necesitado. El reino no había necesitado de un aparato propagandístico que tuviese su reflejo en la historiografía, a diferencia de Castilla que sí necesitaba reafirmar su condición hegemónica desde el plano de la historia, o Aragón, que reacciona primero a la cronística hegemónica de Castilla y tiene unas circunstancias muy particulares que impulsan al reino a componer textos de carácter histórico, y eso precisamente, es lo que les diferencia de Navarra.

¿Y por qué se orienta hacia Francia buena parte de modelo ideológico e identitario? Con respecto a la realidad francesa y por extensión al resto de la Europa medieval, la cuestión es algo más compleja. Navarra había permanecido durante mucho tiempo al margen de la política hispánica y había estado muy volcada en los asuntos franceses con lo que «ese reencuentro» que protagoniza el reino a partir de 1328 exige también un apoyo en ese pasado reciente. En esta línea, la *Crónica de los Reyes de Navarra* de García López de Roncesvalles no constituye, ni mucho menos, una crónica justificativa de Carlos II y Carlos III, ya que no pretende legitimar en ningún momento su legalidad política en el trono de Navarra, sino, más bien, reubicar su posición en el conjunto de las dinastías europeas con las que las relaciones se establecen ahora en otros planos de actuación. Su legitimidad no se había cuestionado en ningún momento, pero sí es importante tener en cuenta que desde 1328 los reyes de Navarra ya no son reyes de Francia, sino que privativamente gobiernan Navarra. Esto, sumado al reencuentro con la realidad hispánica, y sumado igualmente a lo que supuso éste, pudo provocar en el reino, de algún modo, sino una crisis de

identidad, si por lo menos un intento de asentamiento de unas señas que pudieron, de alguna manera, verse amenazadas. Navarra tiene que reubicarse como reino y es lo tiene que hacer frente a los reinos hispánicos, a los que tiene que demostrar que sus señas de identidad no se han perdido y están totalmente vigentes, ya que la antigüedad del reino le avala. La separación de la casa de Francia es un aspecto que no supone un daño para su identidad política e histórica, sino todo lo contrario: la engrandece y le proporciona prestigio al reino y gracias a esto, Navarra y, por lo tanto, sus monarcas, son mucho más prestigiosos, ya que todavía guardan sangre Capeta y continúan teniendo un papel muy importante en la corte francesa. Le engrandecen en su papel de monarcas piadosos ya que el destino unió Navarra y Francia, los dos reinos más cristianos de la Europa medieval, y frente a los valores que ya tenían los reyes de Navarra, la sangre capeta hizo sumar un valor más que multiplicó su piedad, su gloria y sus virtudes. Pero, además, se mantiene el discurso reivindicativo frente a los Valois de Francia, cuyo rey, Carlos VI, es, sin duda, un monarca procedente de una rama secundaria del árbol capeto, a diferencia de Carlos III que está entroncado directamente, de rey en rey, con San Luis. Así, podemos entender que esta crónica es, por lo menos, justificadora de una realidad que debía de producirse y no se produce.

2. ¿De quién parte la idea de la crónica? La historiografía acerca de la crónica y su autoría material, siempre se ha referido al propio García López de Roncesvalles como impulsor del trabajo. Sin embargo, y aun aceptado ese principio, las motivaciones pueden ser varias. En una primera hipótesis García López de Roncesvalles pudo componer la crónica para ganarse el favor del rey y, de esa forma, aproximarse aún más a la monarquía, en el largo proceso de afirmación del linaje. Quizás la redacción de la Crónica fue la que elevó al puesto de tesorero al autor y por eso acabó incluida en sus primeras cuentas. Evidentemente, teniendo en cuenta la tradición del linaje de los Roncesvalles, estos mercaderes se enriquecieron y aburguesaron gracias al comercio, fundamentalmente textil, y eso les permitió, poco a poco, abrirse camino y escalar posiciones. De tal forma que, como muestra la documentación que se conserva, muchos miembros de este amplio linaje ya ocupaban cargos relativamente importantes y realizaban muy diversas tareas relacionadas con el engranaje económico y político de la monarquía. Sin embargo, de todos ellos, García López es el que más alto escaló. Pero no cabe descartar que la iniciativa última partiese del monarca, interesado igualmente en desarrollar el discurso político que refleja la crónica. Para ello hay que tener en cuenta la fecha de 1404. En este momento, todavía el asunto del Cisma de la Iglesia estaba muy vivo y durante ese año se produjo

un nuevo viaje de Carlos III a Francia. La historiografía ha señalado que el reinado de Carlos III es un momento «sosegado» para el reino de Navarra, sin embargo, la realidad es otra ya que el Evreux no abandonó en ningún momento la política reivindicativa de su padre en materia territorial y continuó sangrando, de manera casi continúa, las rentas del reino, de tal manera que, a final de su reinado, éstas, acabaron agotadas. En este sentido, teniendo esto en cuenta, podemos suponer, igualmente, que el monarca pudo encargar la redacción de la crónica al tesorero ya que necesitaba, de un modo u otro, justificar todos los gastos de la corona. Por ese motivo se incluyó en el primer volumen de Comptos, ya que iba dirigido a un «público» muy concreto, aquél que tenía acceso a la información de Comptos. Así, la crónica se redacta justificando aquella sangría económica presentando un motivo más que legítimo para realizarlo: los derechos de Carlos III al trono de Francia frente a Carlos VI. En este sentido, el rey habría legitimado su política de gastos presentándola casi como «necesaria» para el orgullo de un reino con un pasado glorioso y al que le ha sido «privado» un derecho, el reinado sobre las tierras vecinas. Así, García López, teniendo en cuenta esta hipótesis, habría sido seleccionado teniendo en cuenta sólo su cargo, el de tesorero, y para cumplir, de un modo más eficaz, con los intereses de Carlos III.

3. Situados en una realidad cada vez más hispana, ese discurso, más allá de reivindicaciones más o menos evidentes sobre el derecho de Carlos III al trono francés, debe dirigirse de manera muy directa hacia los reinos de Castilla y Aragón. Para ello, era fundamental construir un modelo que le abanderase como un reino hispánico más, con más trayectoria en la península que fuera de ella, y que justificase su lugar en el ámbito peninsular, aunque no por ello dejaba de tener papel en el marco europeo, donde el pasado de unión con Francia le colocaba como una pieza más que significativa. Además, lo importante era dejar constancia de que Navarra no había visto en ningún momento dañado su prestigio, y prueba de ello era su glorioso pasado. Aunque la historiografía castellana estaba construyendo una serie de modelos historiográficos que bien tiraban por tierra, bien desmenuzaban la importancia política de las demás realidades políticas, la intención fundamental de García López de Roncesvalles no es la de reaccionar frente a este modelo, aunque éste sea un elemento muy presente, sino hacer un esfuerzo por contar, sin entrar en debates, un pasado del reino que le avala para situarse, al menos, en un mismo lugar que Castilla o Aragón y, quizás, incluso en un puesto algo superior a ellos ya que su antigüedad, su participación en la Reconquista y su cristianización fueron anteriores, y su primer rey es casi un héroe que salvó a los primitivos

cristianos pamploneses del yugo islámico. Frente a Aragón, entra igualmente en polémicas historiográficas que la mayor parte de ellas hunden sus raíces en el origen del reino, con el mismo afán por el cual lo había hecho con respecto a la historiografía castellana. Es, en definitiva, una cierta crisis de identidad otro de los factores que impulsa a la historiografía navarra a escribir crónicas como la compuesta por García López de Roncesvalles y la que provocará la aparición de la mayor parte de los textos posteriores hasta el siglo XVII, bien que en circunstancias muy diversas; pero que nunca llevarán, a diferencia de los otros reinos hispanos como Castilla, a elaborar historias *pro persona*⁴⁰, cuyo objetivo era bien distinto de esa función reivindicadora que siempre persigue la historiografía navarra, como le ocurre a la crónica de García López

4. Esto da pie para valorar la importancia de la crónica de García López de Roncesvalles en el conjunto del ciclo historiográfico navarro que va desde los años finales del siglo XIV hasta mediados del siglo XVI. Es evidente que no reside tan solo en servir como base para la redacción de la *Crónica de los Reyes de Navarra* de Carlos, Príncipe de Viana sino que, en definitiva, supone un pilar básico para la elaboración de un ciclo cronístico que se inicia con la composición de la obra de García de Eugui pero que es ahora cuando alcanza verdadero significado y sentido. Además, constituye una piedra fundamental en el proceso de construcción de la identidad bajomedieval y moderna navarra que, sin duda, arranca también de las crónicas compuestas entre finales del siglo XIV y principios del XV y cuyo poso se observará en las composiciones de corte banderizo que todavía se escriben en el seno de la monarquía de Carlos V y de la que Diego Ramírez de Ávalos de la Piscina, cronista que se moverá en la corte de la monarquía castellana, resulta un buen reflejo. Esta importancia de lo que escribió García López se observa, además de en otras cuestiones, en el afán que hubo por su conservación. Las copias existentes de la crónica llegan incluso hasta el siglo XVIII, elemento que, sin duda, permite afirmar el afán que todavía tenía el reino por conservar sus señas de identidad en un momento histórico en el que ya le quedaba muy lejos la absorción castellana y que cada vez más se veía homogeneizada con el resto del territorio español, perdiendo gota a gota, su espacio institucional.

⁴⁰ KAGAN, R., *Los cronistas y la corona. La política de la Historia en la España de las edades Media y Moderna*, Marcial Pons, Madrid, 2010.